

MATRIMONIO Y HOGAR



Es increíble notar cuantos matrimonios se derrumban en nuestros días. La familia de nuestra sociedad moderna se hace cada vez más débil y sensible a su disolución. Esto debería invitarnos a reflexionar. Ahora es tiempo de que regresemos a las columnas del matrimonio.

Cuando un sistema educativo ya no funciona, los hombres suelen regresar a otro anterior y mejor, con mejores fundamentos. ¿Por qué no deberíamos hacerlo también con relación al matrimonio y el hogar? La raza humana dispone de toda una serie de principios que recibió del Hacedor de todas las cosas. He aquí que es tiempo de observar de nuevo a estos principios. He aquí que llegó el tiempo para renovar todas las cosas.

Matrimonio y hogar son dos palabras que en los oídos de muchos suenan muy raras. La vida liberal y moderna no ha llevado a los seres humanos a ningún resultado positivo. En el fondo del corazón el hombre siente nostalgia por un hogar feliz y un matrimonio bien cimentado y estable.



Es preciso regresar a los caminos del Señor. Es tiempo de volver a respetar sus enseñanzas. Solamente así podemos alcanzar felicidad y un matrimonio duradero (1^a Pedro 3:10-12; Salmo 128:1-6). La justicia eleva el hogar. El pecado es vergüenza para toda la familia, así como lo es para las naciones (Proverbios 14:34).

Los jóvenes que quisieran casarse, y aquellos que ya lo son, deberían acordarse de nuevo del hecho de que el matrimonio y el hogar, en los ojos de Dios, son instituciones sagradas. A través del matrimonio se suplen necesidades sociales, las cuales cada uno necesita para su contentamiento personal (Génesis 2:20-24).

En segundo lugar vemos la procreación de la raza humana, pero no sobre una base sin planificación. Y en tercer lugar se encuentra el requerimiento de formar una atmósfera de amor. Los niños pueden desarrollarse solamente en un ambiente de respeto y de amor (Efesios 6:1-4; Col. 3:20-21). Cada hogar cristiano debería criar hijos e hijas para la iglesia del Señor. Los cristianos sinceros son también una bendición para la sociedad humana.

Otra razón por la cual el hombre y la mujer se deben casar es la pureza. Sólo por medio del matrimonio se puede evitar la inmoralidad sexual (1^a

Corintios 7:1-6). Esta enseñanza es tan importante para el orden actual de nuestra sociedad. El hombre y la mujer, unidos en el vínculo matrimonial, constituyen el fundamento sobre el cual el hogar sigue desarrollándose y fortaleciéndose. Sólo el matrimonio según el plan divino, puede conseguir verdadera felicidad al ser humano y un sentido real de la vida.

Debemos comprender que el matrimonio ha sido una idea de Dios. Dios junta a ambos cónyuges en el matrimonio. Esta realidad es claramente determinada tanto en el Antiguo como también en el Nuevo Testamento (Malaquías 2:14; Mateo 19: 3-9). El matrimonio es una bendición para todos aquellos que se someten al gobierno de Cristo.

Desgraciadamente, hay demasiados—y esto aun en el hogar cristiano—que contemplan al matrimonio como algo no absolutamente necesario y hasta diría algo anticuado. Estos hombres han sido cegados por el modernismo y las estructuras liberales de sociedad que quieren ver el matrimonio así y como algo inferior. Las características de tales matrimonios son bien visibles: Desobediencia, conducta inmoral de parte de los padres y de sus hijos, peleas y rencillas en el hogar.

Es tiempo, estimado lector, que inculquemos de nuevo a nuestros jóvenes la moral y la buena conducta, pero a la luz de la palabra de Dios. Es tiempo que muchos de nosotros hagamos un “alto” en el camino. Un alto para reflexionar, para meditar sobre el camino de Dios y su enseñanza.

Pienso que en nuestros hogares se forman las personalidades de nuestros hijos. Amor, sociabilidad, paz, un ejemplo bueno y permanente; todo esto es absolutamente necesario. Jóvenes drogados, corazones quebrantados, cabezas vacías, héroes de cantinas y suicidas, no son apariciones ocasionales. De alguna manera hemos dejado pasar los años en nuestras congregaciones hablando y discutiendo de muchas cosas, pero no de estos factores importantísimos, sin los cuales no puede haber hombres, sino sólo mequetrefes. El resultado, en muchos matrimonios, es catastrófico.

Nuestro hogar fue ideado por el Señor para servir como medio para introducir al mundo a nuestros hijos. Sólo nuestro hogar puede dar a nuestros hijos una formación y educación adecuada. Esta educación debe incluir una verdadera disciplina de vida y una disposición para el desarrollo social positivo. Deberíamos pensar en ello cuando comencemos de nuevo con el entrenamiento espiritual en nuestro hogar (Efesios 6:4; 2ª Timoteo 3:14-15). He aquí donde se encuentra la mayor debilidad de todas las familias. Y hasta en algunos de los hogares cristianos no logramos entender lo esencial de su existencia. Pero aún hay tiempo —tiempo mientras que prevalezca el “hoy”.

Cada matrimonio, cada hogar, cada familia, debería ser una fortaleza contra las tormentas de la vida. Deberíamos alabar a Dios en nuestro matrimonio y familia. No de acuerdo con palabras sin sonido que huelen a tradición y melancolía religiosa, sino de acuerdo con las verdades bíblicas y conforme a corazones puros. ¿Si hay un camino en medio? No. Hay solamente un camino hacia el éxito: Cristo y su enseñanza del amor. El matrimonio y el hogar serán estables y limpios, mientras que el Dios viviente gobierne en nuestras vidas.